

# BALADA DE LA CÁRCEL DE READING

**OSCAR WILDE**

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE QUINTERO VALENCIA

En memoria de  
CARLOS T. WOOLDRIDGE,  
antiguo soldado de la Guardia Real de Caballería,  
ejecutado en la Cárcel de Reading, en Berkshire,  
el 7 de julio de 1896.

!

No tenía ya chaqueta roja  
como es el vino y es la sangre;  
y sangre y vino eran sus manos  
cuando le hallaron el cadáver  
de la pobre mujer que amaba,  
y a la que dio muerte el infame.

Andaba él entre los presos  
con traje gris y con gorrilla:  
Parecía feliz su paso.  
Mas nunca antes ví en la vida  
un hombre tal que, intensamente,  
mirara así la luz del día...

Jamás he visto ningún hombre  
mirar así, con tal mirada,  
ese toldillo de turquíes  
que los reclusos cielo llaman,

y cada nube que navega  
igual que un velero de plata.

Con las demás almas en pena  
en otro patio hacía ronda  
pensando si la falta suya  
sería grande o poca cosa,  
cuando una voz dijo a mi espalda:  
“El hombre aquel irá a la horca!”

Dios mío! El mismo muro pétreo  
tuvo temblores de ira negra;  
casco de hierro enrojecido  
fue el cielo sobre mi cabeza,  
y aunque también estaba preso  
no podía sentir mi pena.

Comprendí, entonces, qué congoja  
apresuraba su misterio;  
supe por qué miraba el día  
con aquel mirar tan intenso:  
Mató aquel hombre lo que amaba,  
y debía morir por ello!

Y sin embargo, sepan todos,  
cada hombre mata lo que ama.  
Los unos matan con su odio,  
los otros con palabras blandas;  
el que es cobarde, con un beso,  
y el de valor, con una espada!

Unos lo matan cuando jóvenes,  
y cuando están viejos los otros;  
unos con manos de deseo,  
otros lo estrangulan con oro;  
y el más hábil, con un puñal  
porque así se enfría más pronto.

Aman mucho unos; otros, poco.  
Se compra y vende el sentimiento.  
Unos lo matan entre llanto,  
otros sin prisas y sin miedo.  
Cada uno mata lo que ama  
mas no todos pagan por ello.

No mueren de una muerte infame  
frente a un día tenebroso;  
ni tienen nudos corredizos  
al cuello; y paños sobre el rostro;  
ni sienten caer al vacío  
sus cansados pies temblorosos.

No viven con hombres callados  
que los custodian día y noche;  
que los guardan cuando ellos quieren  
llorar o decir oraciones,  
por miedo a que ellos por sí mismos  
roben su presa a los barrotes.

No se despiertan con el día  
ante el fatal grupo reunido:  
el Capellán, trémulo y blanco,  
el Alguacil, adusto y lívido,  
y el Director, negro y severo,  
con la torva cara del Juicio.

No se levantan con gran prisa  
para vestir sus trajes grises  
en tanto que el doctor impúdico  
los mira con ojos febriles,  
y anota el gesto grotesco  
y cada contracción visible  
manejando un reloj que suena  
sordo como un martillo horrible.

No conocen la sed intensa  
antes que, con mano enguantada  
el verdugo llegue a la puerta;  
y con tres correas os ata  
para que no más en el mundo  
tenga ya sed vuestra garganta.

No inclinan atento el oído  
al De Profundis que les rezan,  
mientras el miedo entre sus almas  
les asegura que aún esperan;  
y no tropiezan con su féretro  
al entrar de noche a las celdas.

No miran el último cielo  
por cristalinas claraboyas;  
no ruegan con labios de barro  
que se acabe su pena honda,  
ni cae el beso de Caifás  
a su mejilla temblorosa.

## II

Por seis semanas, el soldado  
dio su paseo por el patio  
con traje gris y con gorrilla:  
Parecía feliz su paso.  
Mas nunca ví a ningún hombre  
con tal fiebre ver al sol cálido.

Nunca yo ví a ningún hombre  
ver con mirada tan intensa  
el toldo azul al que los presos

le dicen cielo, con tristeza,  
y cada nube que arrastraba  
su vagabunda cabellera.

No retorció ya sus manos  
como esos hombres insensatos  
que aún alimentan esperanzas  
en momentos desesperados;  
no hacía más que ver el sol  
y beber aire del día cálido.

No retorció ya sus manos  
ni se amargaba con gemidos,  
y nada ya lo entristecía;  
pero bebía el aire tibio  
cual se calmara sus dolores:  
Y bebía sol como vino!

Y otros penados, como yo,  
en otro patio haciendo ronda  
pensábamos si nuestra culpa  
sería grande o poca cosa,  
mirando con gran extrañeza  
al hombre que iría a la horca.

Y era raro ver su paso  
con planta alegre y desenvuelta;  
y era raro ver su mirada  
fija en el día y tan intensa;  
y era más raro aún saber  
que tenía tan grande deuda...

Olmo y roble tienen hojas  
que embellece la primavera,  
mas horrible es ver el cadalso  
que una áspid muerde siniestra:  
Y –verde o seco- pende un hombre

antes de que el árbol florezca.

Es la alta morada el cielo  
al que endereza el fuego humano.  
Mas quién quiere desde un patíbulo,  
con una corbata de cáñamo,  
la última vez mirar al cielo  
a través del criminal lazo?

Bello es bailar con los violines  
mientras amor y vida arden;  
danzar con flautas y laúdes  
es cosa delicada y suave:  
Pero no es cosa nada dulce  
bailar con los pies en el aire...

Con suposiciones curiosas  
lo mirábamos día por día  
preguntándonos si nuestra suerte  
acaso sería la misma,  
pues nadie sabe hasta qué infierno  
se puede hundir su alma sombría.

Por fin un día, entre los presos  
el muerto ya no más paseó;  
supe que, en pie, el hombre esperaba  
en la celda de la prisión,  
y que ya no más le veríamos  
en el suave mundo de Dios.

Como a dos buques en mal tiempo  
nos enfrentó nuestro destino;  
no nos dijimos nunca nada  
-nada teníamos qué decirnos-  
pues no eran entonces Nochebuena  
sino un gris día maldito.

Un muro grueso nos cercaba  
y éramos dos desheredados;  
lejos de sí nos lanzó el mundo,  
y nos quitó el Señor su amparo,  
y el cepo que aguarda al delito  
nos logró coger en su lazo...



En este patio de los reos,  
de piedra burda y muros altos,  
aquí tomaba él el aire  
bajo un cielo siempre nublado;  
y por temor de que muriese  
iban dos guardas a su lado.

Él también solía sentarse  
con esos que espiaban su pena,  
los que vigilaban su llanto  
y aún su oración más pequeña;  
siempre lo miraban temiendo  
robases al cadalso su presa.

El Director conocía todos  
los artículos del Reglamento;  
el Doctor decía que la muerte  
no era más que un simple hecho;  
y en la celda, dos veces diarias  
el Capellán le daba consejos.

Y dos veces fumaba él pipa  
con grandes sorbos de cerveza;  
no dejaba esconderse el miedo  
porque su alma estaba resuelta,  
y aún decía estar alegre

viendo al verdugo ya tan cerca.

Pero jamás un centinela  
le preguntó con gran audacia  
por la razón de su blasfemia;  
porque quien debe hacer de guarda  
ha de poner llave a su boca  
y sobre su rostro una máscara.

Si nó, podría conmovearse;  
y qué haría la piedad  
en una cueva de asesinos?  
Y qué palabra de bondad  
podría socorrer a un hombre  
hundido en tan atroz lugar?

Con paso torpe, como tontos,  
danzábamos en todos el patio.  
Qué más nos daba ser ahora  
la alegre comparsa del diablo:  
Cráneos rapados, pies de plomo,  
son un espectáculo raro!

Deshilábamos cuerda embreada  
con las romas uñas sangrientas;  
fregábamos suelo y barrotes  
y frotábamos pared y puertas,  
y enjabonábamos las tablas  
chocando los cubos en ellas.

Coser sacos y partir piedras,  
voltear taladros polvorientos,  
chocar vasijas, gritas himnos,  
y en el molino el sudor nuestro...  
Pero en el corazón de todos  
se escondía tranquilo el miedo.



Tan tranquilo que cada día  
reptaba como ola de algas.  
Nos olvidamos del destino  
que a inocente y culpable aguarda,  
hasta que al volver del trabajo  
vimos una tumba cavada...

Y un alimento viviente  
pedía por su ancha boca;  
hasta el barro pedía sangre  
al asfalto de sed ansiosa:  
Supimos que antes del alba  
alguien colgaría en la horca.

El alma pensando en la Muerte,  
en el Terror y en el Destino;  
y arrastrándose en la niebla  
pasó el verdugo su saquito.  
Y cada recluso temblaba  
entrando a su infierno distinto.

Aquella noche, los pasillos  
formas pavorosas llenaron;  
se sentían pasos furtivos  
en la cárcel, de arriba abajo,  
y tras de los barrotes crueles  
había curiosos rostros blancos.

Descansaba como quien sueña  
en la hierba de una pradera;  
los vigilantes lo miraban  
sin poderse explicar siquiera  
cómo duerme un hombre tranquilo  
con el verdugo allí tan cerca.

Pero no hay sueño cuando lloran  
los que no conocen las lágrimas;

por eso, inocente y malos  
velamos en la noche larga:  
y a través de cada cerebro  
la pena de otro se arrastraba.

Es cosa horrible padecer  
cada uno el ajeno delito!  
La espada del mal hiere el pecho  
hasta su gran pomo maligno,  
y como plomo eran las lágrimas  
por la sangre que no vertimos.

Iban guardianes silenciosos  
hasta las puertas con candado,  
y miraban las sombras grises  
dobladas, pensando asombrados  
cómo podían arrodillarse  
los que jamás habían rezado.

Toda la noche, de rodillas  
como locos en un entierro.  
Y como penachos fúnebres  
eran las plumas ante el viento.  
Y a vino agrio en una esponja  
nos sabía el remordimiento.

El gallo gris cantó, y el rojo,  
pero aún no amanecía;  
había formas de terror  
en los rincones, escondidas,  
y los mil duendes de la niebla  
danzaban ante nuestra vista.

Se deslizaban y pasaban  
como viajeros en la niebla;  
imitaban pasos de luna  
con mil contorsiones grotescas;

y con ceremonias y gracias  
los fantasmas hacían fiesta.

Como sombras entrelazadas  
pasaron con mimos y muecas,  
y en fantasmal tropel danzaron  
una zarabanda siniestra,  
... y los condenados bailaban  
igual que el viento en las arenas!

Danzaban y hacían piruetas  
con agilidad de muñecos;  
era una horrible mascarada  
al son de las flautas del miedo,  
y cantaban con insistencia  
queriendo despertar al muerto.

Ooh! –gritaban- El mundo es ancho  
pero el pie atado se tropieza;  
y una o dos veces tirar dados  
es gran distinción y nobleza,  
mas no rinde apostar pecados  
a ocultas casas de vergüenza.

No eran espectros los payasos  
que con gran contento saltaban;  
tenían los pies con grilletes  
y las vidas encadenadas:  
Bien vivos, Oh Dios!, los veía,  
y era terrible tal mirada.

Todos giraban en el corro;  
unos en yunta zalamera,  
otros, -cual mujeres equívocas-  
iban rozando la escalera;  
mas todos, con leve sarcasmo  
acompañaban al que reza.

Susurró el viento matutino  
pero aún la noche seguía;  
en su gran telar la tiniebla  
tejió hasta el final cada fibra;  
y, aún rezando, nos ahogaba  
el miedo a la solar justicia.

El viento errante sollozaba  
sobre los muros de la cárcel  
hasta que, cual rueda de acero,  
se nos clavarón los instantes:  
Oh viento! Cómo merecimos  
tan cruel espía insobornable?

Al fin dio sombra cada reja  
-plúmbea cortina tenebrosa  
sobre la pared encalada  
frente a mi lecho de congojas:  
Supe que en algún lugar era  
el alba horrible de Dios, roja!

A las seis barrimos las celdas,  
a las siete, todo sereno;  
pareció llenar la prisión  
un trémulo y terrible vuelo:  
El Caballero de la Muerte  
había entrado por un féretro!

No vino con suntuosa pompa  
en un blanco corcel de fiesta.  
Una horca sólo precisa  
tablón y tres metros de cuerda;  
así, con un lazo de oprobio  
hizo el pregón su obra secreta.

Como entre pantanos oscuros

perdidos que a tientas avanzan;  
no osábamos aún rezar  
ni exhalar las penas amargas;  
algo había muerto en cada uno:  
había muerto la Esperanza!

La feroz justicia del hombre  
va recta sin jamás desviarse;  
y hiere al fuerte como al débil  
en su dura marcha implacable:  
Con pies de hierro aplasta al fuerte  
la parricida abominable.

Esperamos oír las ocho.  
Bocas hinchadas y salobres.  
Las ocho: La hora en que el Destino  
hace maldito al ser más noble.  
Usa el Destino el mismo nudo  
para el mejor y el peor hombre.

Sólo esperábamos un signo  
mudos e inmóviles, tal como  
piedras en un valle perdido;  
ay! pero el corazón de todos  
latía fuerte y con premura  
como sobre un tambor un loco.

A un golpe duro del reloj  
tremuló la cárcel tremenda,  
y de toda ella se alzó  
como un gemido de impotencia  
igual al grito estremecido  
de los leprosos en sus cuevas.

Y cual se ven cosas horribles  
entre los sueños cristalinos,  
la aceitosa cuerda de cáñamo

colgada de la viga vimos,  
y oímos la oración que el lazo  
estranguló en un alarido.

Todo el dolor que lo azotó  
hasta el terrible grito hiriente,  
su pena y su sudor de sangre  
ninguno como yo los siente:  
El que vive más de una vida  
debe morir más de una muerte!

## IV

Mas no se celebran oficios  
cuando en el patíbulo hay alguien;  
el Capellán está muy triste  
o está su rostro muy exangüe:  
Quizá en sus ojos está escrito  
algo que no debe ver nadie...

Nos cerraron hasta la tarde,  
y sólo entonces sonó el hierro;  
con sus llaves tintineantes  
los guardas cada celda abrieron,  
y bajamos las escaleras  
libre cada uno de su infierno.

Andábamos al aire libre  
mas no como antes se solía;  
en unos rostros había miedo,  
y eran los otros de agonía:  
Nunca antes ví a hombres tan tristes  
ver con tal sed la luz del día!

Nunca antes ví a hombres tan tristes  
mirar con tal mirar de anhelo  
ese toldo azul que nosotros  
los presos llamábamos cielo,  
y cada nube que pasaba  
en un feliz y libre vuelo.

Entre nosotros, unos iban  
solos, y baja la cabeza...  
Si todos hubieran pagado  
habríalos cogido la cuerda:  
No mató él más que cosa viva,  
ellos mataron cosa muerta.

El que por segunda vez peca  
despierta un dolor enterrado,  
y lo hace sangrar de nuevo  
cuando lo arranca del sudario:  
Lo hace sangrar a grandes gotas  
y lo hace sangrar en vano!

Y como payasos o monos,  
con una pompa estrafalaria  
andábamos con gran silencio  
por sobre la tierra asfaltada;  
caminábamos con gran silencio  
sin decir ninguna palabra.

Andábamos con gran silencio  
siguiendo el hilo a la muralla;  
y en cada cerebro vacío  
un terrible recuerdo entraba,  
y conmovía a cada uno  
el terror sobre nuestra espalda.

Los guardas iban y venían

haciendo a sus bestias la ronda;  
sus atuendos eran flamantes;  
pero supimos de la obra  
que ellos antes ejecutaron  
por la cal que había en sus botas.

Allí donde hicieron la fosa  
no se veía ningún rastro;  
sólo un poco de arena y tierra  
cerca del muro carcelario,  
y un montoncito de cal viva  
por dar al hombre buen sudario.

Ese infeliz tiene un sudario  
como pocos pueden quererlo:  
Al fondo de un patio de cárcel,  
por afrenta, desnudo el cuerpo:  
Él yace allí, encadenado,  
y entre unas sábanas de fuego.

La cal ardiente lo devora  
sin interrumpir el escarnio,  
roe los huesos en la noche  
y la carne en el día claro;  
roe –alternando- carne y huesos,  
pero el corazón sin descanso.

Y pasarán tres largos años  
en que no habrá allí una planta;  
ese lugar, por los tres años,  
es tierra maldita y árida,  
y mira al cielo con asombro  
sin un reproche en la mirada.

Crean que el corazón de un reo  
mata la semilla sembrada.  
Pero nó! La tierra de Dios



no es como los hombres avara:  
La rosa roja allí es más roja  
y la blanca será más blanca!

En su boca una rosa roja.  
Sobre el corazón, una blanca!  
Porque quién sabe el raro signo  
que imprime Cristo a su palabra  
desde que el bordón del viajero  
floreció delante el gran Papa?

Pero ni flor roja ni blanca  
florecería en tal recinto;  
sólo piedras, cascos y sílex  
dan en el patio de un presidio.  
Porque ellos temen que las flores  
consuelen al hombre sencillo.

Por eso no caerán pétalos  
nunca, ni blancos ni aún rojos,  
en la tumba –polvo y arena-  
cerca de ese muro oprobioso  
para decir a los reclusos  
que el Hombre-Dios murió por todos.

Sin embargo, aunque el muro horrible  
lo esté rodeando todavía;  
aunque un espíritu con grillos  
no ambula entre la noche fría,  
y sólo puede verter lágrimas  
por yacer en tal tierra impía,

está ya en paz, o estará pronto;  
ya no le acosa la locura,  
y el miedo ya no lo acobarda  
en la monotonía diurna,  
porque es la tierra en que reposa

tierra sin sol, tierra sin luna.

Lo ahorcaron como a una bestia,  
sin una sola campanada  
que hubiera llevado consuelo  
al terror mudo de su alma;  
lo llevaron con gran premura  
a la fosa recién cavada.

Lo desnudaron de sus ropas,  
luego abandonaron su cuerpo,  
se rieron de sus ojos fijos  
y de su amorado cuello,  
y alegremente amontonaron  
el cruel sudario para el reo.

El Capellán no se arrodilla  
junto a la tumba de un maldito,  
ni lo bendice con la Cruz  
que dio el Señor a los perdidos;  
pero este hombre era uno  
de los que vino a salvar Cristo!

Todo está bien; no ha hecho más  
que franquear normales límites.  
Lágrimas raras para él  
llenarán la urna imposible.  
Sus plañideras son los parias,  
y los parias siempre están tristes...

V

Yo ignoro si la ley es justa  
o si la ley tiene sus yerros;

sólo sabemos que hay un muro  
alto alrededor de los presos,  
donde cada día es un año:  
Un año de días eternos.

Pero sí sé que toda ley  
que traza el hombre a sus hermanos  
desde que empezó la aflicción  
con el primer asesinato,  
toda ley cuela el grano bueno  
con el peor de los cedazos.

Y también sé –si lo supieran...-  
que cada prisión se edifica  
con bloques de ira e infamia  
y con barreras de sevicia,  
por temor de que Cristo vea  
cómo los hombres se mutilan.

Enceguecen el sol con rejas  
y con barras afean la luna;  
y es bueno que escondan su infierno  
para que jamás se descubran  
las cosas que ni Dios ni el hombre  
deberían contemplar nunca.

La maldad, como mala hierba  
crece en la tierra carcelaria;  
y lo que hay de bueno en el hombre  
allí se marchita, se acaba;  
la angustia vigila las puertas,  
y es guardián la desesperanza.

Matan de hambre al pobre niño  
que día y noche tiene miedo,  
azotan al tonto y al débil  
y se burlan de los más viejos,

y aquellos que no se enloquecen  
se vuelven malos en silencio.

Y son las celdas que ocupamos  
como letrinas putrefactas;  
entra la hediondez de la Muerte  
por las ventanas enrejadas,  
y todo, menos el deseo,  
lo muele la máquina humana.

El agua horrible que nos dan  
resbala como inmundo cieno;  
y el pan, que pesan con cuidado,  
está lleno de cal y yeso;  
y el sueño no se duerme nunca  
implorando insomne al tiempo.

Mas aunque el hambre y la sed luchan  
como dos víboras en celo,  
la comida allí poco importa;  
lo que nos mata por completo  
es que son las piedras del día  
por la noche el corazón nuestro.

Con la noche en el corazón  
y el atardecer en las celdas,  
hacíamos girar el torno  
y deshacíamos la cuerda;  
y el silencio era más terrible  
que unas campanas de voz llena.

Jamás se acerca una voz  
con unas amables palabras,  
y los ojos que nos examinan  
tienen las más crueles miradas;  
y olvidados de todos, vamos  
pudriéndonos en cuerpo y alma.

Así acabamos esta vida  
en soledad, traición o pena;  
unos maldicen en silencio,  
llora otro sobre su cadena,  
pero la eterna Ley de Dios  
parte el corazón de la piedra.

Y cada corazón que estalla  
en celda o patio de presidio  
semeja la cajita aquella  
que guardó el tesoro divino  
cuando en la casa del leproso  
derramó el perfume exquisito.

Dichosos esos cuyos pechos  
pueden tornarse aún pacíficos!  
Cómo, si nó, sería posible  
al hombre trazar su camino ?  
Que sólo en un corazón roto  
puede albergarse Jesucristo.

Este hombre de cuello hinchado  
y de amoratada garganta  
y con los puros ojos fijos,  
espera aún las manos santas  
como el ladrón del Paraíso.  
Dios no rehusará su alma!

El hombre que lee la Ley  
le dio seis semanas de vida  
para purificar su alma,  
para curar su alma herida,  
y limpiar de sangre la mano  
que empuñó el arma homicida.

Con lágrimas lavó su mano,

la mano que hundi6 el cuchillo;  
s6lo la sangre borra sangre,  
s6lo el llanto limpia el esp6ritu:  
La mancha roja de Ca6n  
fue el sello n6veo de Cristo!

## VI

En la c6rcel de Reading hay  
una cruel e infame fosa.  
Yace all6 un miserable  
que dientes de llama destrozan.  
Est6 en un sudario de fuego  
y yace en una tumba an6nima.

Descanse all6 siempre en silencio  
mientras Cristo llama a los muertos.  
No hay qu6 regar l6grimas loca  
ni fingir suspiros sinceros:  
El mat6 todo lo que amaba  
y tuvo qu6 morir por ello.

Y esta verdad s6panla todos:  
Que todos matan lo que aman.  
Los unos matan con su odio,  
los otros con dulces palabras:  
El que es cobarde, con un beso.  
Y el valiente, con una espada!

